





















dentes de tráfico, otros murieron a causa de un cáncer o en accidentes laborales. La madre de Jytte vive todavía, pero la hermana padece KOL, una enfermedad pulmonar, y ahora Sonja debe girar. Tiene que girar a la izquierda. Espejo, hombro, intermitente, embrague hasta el fondo. Jytte cambia a segunda, aunque Sonja escoge por sí misma el carril para dar el giro. Ha elegido el correcto, cosa que no resulta fácil, cuando hay muchos. Luz roja, reducen a primera, se dedican a esperar. En el carril para ir la derecha hay un furgón. Le da gas mientras está parado.

–Aborígenes –dice Jytte señalando al furgón.

Sonja mira la luz del semáforo. Ahora cambia. Ella avanza. El furgón avanza y gira a continuación metiéndose delante de Sonja. Está prohibido torcer a la izquierda desde un carril de giro a la derecha. Sonja lo sabe perfectamente y Jytte también. Ella ya ha bajado la ventanilla y sacado una mano que muestra el dedo corazón mientras ha estirado la otra hasta el volante para tocar el claxon. A un mismo tiempo pita y mueve el dedo, paradas en el cruce en plena luz verde. El furgón se ha detenido a su vez en el cruce y ahora baja su ventanilla.

–¡PAKIS! –chilla Jytte.

–¡JODIDA PUTA! –grita el furgón.

Sonja piensa en los primeros ministros enterrados en el cementerio. Es tan agradable llevarse allí una manta. Así tumbada mira a Hans Hedtoft mientras los patos graznan y el tejado de la gran capilla reluce con el sol. Semeja la celestial Jerusalén, o un cachito deslindado de Dinamarca. El sonido de los coches se oye lejano. Huele a tejo y boj, prácticamente es como estar aislada en mitad de la nada. En teoría, un ciervo podría pasar por allí, además ha comprado una pastita para el café, ha robado hiedra de las matas. Los muertos no meten ruido, y si tiene suerte alguna rapaz planeará por encima. Así tumbada puede evadirse.